

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 30 ejemplares	1'00 pts
Suscripción: España un trimestre	3'00
" " Extranjero	4'50

LA COMEDIA REVOLUCIONARIA

Nos hallamos en plena fiebre de revolucionarismo. Fracasados todos los programas políticos de última hora, ha inventado un juego ameno en extremo para solaz de inconscientes y provecho de madrugadores: se juega a la revolución.

Quizá las cuestiones revolucionarias guardan cierta relación con la época veraniega, en que la sangre bulle y los nervios se excitan, según gratuita afirmación de ciertos escritores desocupados; lo cierto es que de algún tiempo a esta parte, en la inmensa mayoría de los mitines, conferencias y periódicos, sólo se habla de actitudes y corrientes revolucionarias. Resulta tan barato y tan oportuno vociferar extremas rebeldías, que a cada momento se descubre un nuevo redentor de multitudes. El hecho en sí nada tiene de particular y apenas merece un nuevo comentario. ¡Estamos tan acostumbrados a esa clase de espectáculos!... Pero lo interesante del caso, es que las multitudes también se contaminan de aquellos defectos, y sólo corre de boca en boca la palabra revolución.

Por algo se ha dicho que la juventud ha de ir a la vanguardia del progreso, y haciendo honor a esta afirmación, los jóvenes pertenecientes a diversas agrupaciones radicales de carácter político se agitan extraordinariamente pretendiendo hacer algo práctico. Y hemos visto constituir últimamente a tal objeto una innumerable serie de comités, juntas, partidos y otras hierbas, amparándose de títulos a cual más sabrosos y rimbombantes: kábilas rebeldes, juventudes revolucionarias, vanguardias radicales, etc., etc. Siempre la comedia ridícula, la eterna bufonada imperando sobre ciertas actitudes.

Un número determinado de individuos adheridos a la política pseudo-radical, se aperciben momentáneamente de la frescura y mala intención de sus jefes. Protestan, chillan, separándose por fin de la charca. ¡Para laborar positivamente y sin engaños!, preguntará el lector. No, para constituir otro partido, otra charca, con sus jefes, con sus subordinados, con todas las correspondientes ficciones. Otros censuran acremente la falsedad de sus jefes y se indignan ante su manifiesta cobardía, para pedirles al final una revolución a plazo fijo, con todos los requisitos propios de tales acontecimientos.

Por otra parte, las fracciones socialistas quieren aparecer activas, disimulando la inutilidad de sus esfuerzos con el ruido de sus actitudes descompuestas y de su continuo cuan estéril vocerío, sujetas, sin embargo, a la voluntad omnívota de sus *leaders*.

Todo respira ficción, vulgaridad, grosería. Todos se atribuyen la completa adhesión del pueblo; todos quieren ser los más activos, los más capaces, los más fuertes; y, sin embargo, ¡cuánta vanalidad evidencian sus palabras y sus actos!

En las filas radicales se observa un malestar y un desconcierto completo. Su caudillo les prometió muy seriamente en los comienzos una gran revolución transformadora del presente régimen social. A sus órdenes acudieron un sin número de exaltados, en la creencia de que un simple acto de fuerza, sin previas orientaciones, había de dar el traste con todas las tiranías predominantes.

Y pasó un año, dos, tres, muchos. Durante ese tiempo, el caudillo rectificó visiblemente sus actitudes: las rebeldías transformáronse en pasividades, las estridencias

en actos de *práctico* e interesado juicio. De vez en cuando, en presencia de sus fanáticos, ha recurrido cual hábil comediante a resortes extremos, predicando nuevamente su pintoresco revolucionarismo; pero es sólo pura fórmula. Su verdadera táctica la ha manifestado con claridad últimamente, diciendo: «No hagamos revoluciones violentas; la revolución hay que hacerla desde las urnas electorales».

Tal declaración ha indignado, al parecer, a sus adictos. Se ha intentado pedir las necesarias explicaciones, pero a cambio de esto, se acuerda abominar de todos los jefes y pedirles finalmente, como última palabra, la revolución inmediata y fecunda. De no efectuarse ésta, declararán fracasadas todas los instintos rebeldes.

Y repetimos nosotros que hay sobra de candidez o falta de seriedad. Obrando así sólo se produce el ridículo. A una aparente gallardía se acompaña una paradoja; a una afirmación rebelde, una declaración de impotencia. Y son fanáticos porque son rebañ; y son voceros porque son impotentes.

¿Y qué puede decirse de las filas socialistas? Quizás exista en ellas más disciplina y uniformidad, pero la comedia es la misma. Mucha prédica revolucionaria, mucha propaganda a favor de la huelga general, muchos deseos de emancipación, para realizar al final un hermoso fuego de virtudes, con alardes de adhesión al supremo jefe para que éste negocié nuestra redención con... los más contrarios a concederla.

Digamos, pues, nuestra palabra, en medio de tan estridente griterío. Ni la revolución será práctica con tales procedimientos, ni las aspiraciones de justicia que siente el pueblo se verán satisfechas.

El fracaso, cuando la lucha ha sido seria y sincera, tiene su disculpa; no la tiene cuando va mezclado con la inconsciencia y la ridiculez en la acción. Y sólo ridiculez e inconsciencia hay en las presentes actitudes, y fracaso será el que experimentarán todos los que *exigen* o solicitan a voz en grito la anhelada revolución.

Tengan en cuenta que no será supeditándose y obedeciendo a sus jefes como lograrán un éxito definitivo, pues éstos no sienten ni han sentido jamás la necesidad de una transformación social. *Conformarse* ya con los momios actuales. Y no olviden tampoco que para que una actitud rebelde sea fecunda, no basta llamarse revolucionarios y vociferar sin ton ni son, sino que, digan lo que quieran los apasionados y fanáticos, hay que saber concretamente a dónde se va, a qué se aspira, qué se exige; de lo contrario, son fuerzas y tiempo perdido. Si a estas consideraciones añadimos que el triunfo de aquella lucha sólo conduciría a cambiar de nombre la injusticia y desigualdad fundamentales, se verá más a las claras cuán grotesca y absurda resulta la comedia.

Analicen, comparen, observen los trabajadores y contesten luego a esta pregunta: Si luchar resueltamente por ideales de igualdad y de positiva emancipación constituye un orgullo para los luchadores, ¿lo es también el esfuerzo desplegado para elevar a las más altas cumbres del poder y de la tiranía a un puñado de hombres que en la actualidad disfrutan ya, directa o indirectamente, de las prebendas del Estado?

FEDERICO FRUCTIDOR

¡En pie para salvar a Rousset!

¡Ya está!
El recurso de Rousset, ha sido rechazado. Así lo ha decidido, el viernes, la Corte de Casación. Este resultado era previsto; los jueces no han hecho más que aplicar la ley: tanto peor, para Rousset, si la ley es absurda.

¿Qué hemos de hacer ahora?
El abogado de Defensa Social, M. Berthon, ya ha dirigido al ministro una solicitud en demanda de un suplemento de instrucción y la confrontación con los testigos de cargo; confrontación que Rousset reclamó en vano al capitán Guillaud.

Después de las irregularidades comprobadas, durante el curso de la instrucción del sumario, no es dudoso se dé satisfacción, sobre este punto, al defensor de Rousset. Lo contrario sería un verdadero escándalo.

Aunqu obtenga esta satisfacción, perdura entera la cuestión.
Rousset será juzgado por oficiales que tienen desde hace mucho tiempo asiento en

se declare abiertamente contra la víctima!
¡No se verá!
Rousset no puede contar más que con nosotros, con la clase obrera, a la cual han venido a unirse agrupaciones intelectuales que no han creído en la justicia establecida en la tierra, por haber sido declarado inocente Dreyfus.

Nuestra misión es multiplicar los esfuerzos, comentar las consecuencias de la decisión del Tribunal de Casación. Mas fuera insuficiente contentarse con esto. Hay que prever otra cosa.

Los funerales de Aernout han dado lugar a una manifestación grandiosa, gracias al concierto de todas las fuerzas obreras. Sindicalistas, socialistas y anarquistas han sabido formar un bloque único y aprovechar la ocasión para levantarse contra Biberi.

Y lo que se ha podido realizar en derredor de un cadáver, ¿no sabremos recomenzarlo por Rousset, estando vivo éste, por Rousset, a quien debemos arrancar de manos de la chusma y de la muerte?

Esperamos, en honor de la clase obrera, que frente a tan apremiante necesidad, se sabrá acallar las conveniencias personales y abstenerse de disputas de sacristía.

¡Rousset está en peligro!
¡Sea su nombre un grito de concentración! ¡Acepta cada cual sus responsabilidades y cumpla su deber!

Cuando la Comisión de Defensa Social, indicadísima para esto, apele al concurso de todos para una manifestación grandiosa, respondan todos: «¡Presente!»
Si no fuéramos capaces de unirnos acerca de un punto tan concreto, para tan noble fin, podría desesperarse para siempre de realizar obra útil.

De La Nueva Sociale

Por la verdad

Para el periódico «El Trabajo», de Madrid

En el número 72 de *El Trabajo* y con el título de «Artículo y réplica», el compañero Morato (supongo sea él) comenta y censura un artículo del camarada A. Lorenzo insertado en *Tierra y Libertad* titulado «Mentalidad socialista».

Al coger la pluma no lo hago para defender las teorías sustentadas por Anselmo, porque sé de sobra que no necesita de mi modesta ayuda para demostrar elocuentemente la inutilidad de las cajas de resistencia en las luchas contra el capital.

Me he permitido intervenir en esta cuestión para demostrar a todos los obreros madrileños que cuanto el compañero Lorenzo ha dicho respecto a la huelga de albañiles, es rigurosamente exacto.

El articulista dice que Lorenzo participa de un prejuicio al creer que la sociedad de albañiles «El Trabajo» se guía o asesora por la voz o consejos de los jefes socialistas, y que está equivocado, y yo voy a demostrar que está en lo cierto.

¿Puede el Sr. Morato, o quien sea, negar que horas después de celebrado un mitin en el frontón de Jai Alai, donde se trató de la huelga de albañiles, se presentaron en la secretaría de los mismos los compañeros Mora e Iglesias para aconsejar a la «Junta Directiva» que cuanto antes se procurara por cualquier medio buscar una solución pacífica al asunto?

Ya sé yo que no puede nadie negar esto por ser cierto, y siendo así ¿cómo se atreve a afirmar el articulista que los jefes socialistas no han intervenido en la solución de la huelga? Aun hay más: la sociedad de albañiles acordó en una junta general celebrada (creo que en «Lo Hat-Penat») entregar una cantidad de pesetas (no sé cuántas) como dietas a los concejales socialistas; en otra junta se acordó, y así se hizo, prestar cierta cantidad a los socialistas para ayudar a la construcción de un círculo socialista en Tetuán.

Después de leído lo que antecede creo que no habrá nadie que sea capaz de negar la intrusión de los elementos políticos dentro de la organización, mejor dicho, de la caja de los albañiles.

Por lo que respecta al resultado de la lucha no debe alegar el articulista que no exista ningún albañil preso ghabéis olvidado que los 25 céntimos que los albañiles habéis conseguido se debe a la entereza de los compañeros de las obras del Sr. García Espada, quienes sin temor a jugarse el todo por el todo, tuvieron el valor de ir presos por defender los derechos de su colectividad?

¿Se acuerda el Sr. Morato? Hubo presos, sí, señor; presos, y sin esas prisiones, esté seguro el director de *El Trabajo* que los albañiles madrileños no hubieran conseguido mejora alguna.

Y para terminar diré que así como el articulista de *El Trabajo* le parece indigno de la mentalidad de A. Lorenzo el que tenga el prejuicio, que no es tal, de creer que los políticos mangonean en las organizaciones obreras de Madrid, a mí me parece indigno de la rectitud del Sr. Morato, que haya dicho o consentido decir en el periódico que

él dirige, que los jefes socialistas, no han intervenido en la solución de la huelga de los albañiles de Madrid, porque eso es mentir a sabiendas.

ENRIQUE SÁNCHEZ
Socio de la sociedad «El Trabajo»

He recibido este artículo junto con el número de *El Trabajo*, de Madrid, en que se reproduce y comenta mi artículo «Mentalidad socialista». Sin la atención, que agradezco, del compañero Enrique Sánchez no hubiera tenido conocimiento del caso. La réplica que acaba de leerse me satisface por completo y me evita contestar. Sólo haré notar a Morato o a quien sea el autor de «Artículo y réplica» que si, como dice, tengo una especie de encono contra las Cajas de Resistencia, no lo tengo contra la organización, y daré una prueba de lealtad rectificando esa afirmación, con lo cual saldrá beneficiado él más que yo, porque cuantos me conocen saben que no es cierta, y los trabajadores madrileños recordarán que en septiembre del año pasado di en Barberi mi conferencia *El Proletariado Emancipador*, encaminada a propagar la organización sindicalista, en nombre de la Confederación Nacional del Trabajo.

ANSELMO LORENZO

La verdadera revolución

La palabra revolución es tan vieja como viejo es el mundo que habitamos. Desde que aparecieron los tiranos sueñan los esclavos con la revolución.

Los egipcios, los griegos, los romanos, los celtas, los godos, y todas las demás razas que pueblan el planeta han realizado revoluciones más o menos grandes y violentas.

Unos hicieron la revolución para hacer triunfar su religión; otros la hicieron para enriquecer a su patria; otros para obtener la independencia de su nación; pero de todas las revoluciones hechas hasta nuestros días, ninguna ha llegado a emancipar al hombre.

Los esclavos romanos vertieron su sangre generosa sin haber podido entrar en Roma y destruir a sus tiranos.

Los esclavos franceses lucharon denodadamente contra la tiranía de Luis XVI, para elevar a la burguesía y entregarle los poderes del Estado.

Los esclavos norteamericanos realizaron la revolución contra la dominación inglesa para implantar la «Democracia» de los millones.

Guillermo Tell llevó a los esclavos helvéticos a la revolución contra los señores feudales, para perdurar en la república el despotismo gubernamental.

Las huestes revolucionarias de Garibaldi lucharon con heroísmo para consolidar y robustecer el trono de Saboya y esclavizar de nuevo al pueblo italiano.

Los revolucionarios españoles destruyeron a la reina Isabel para restaurar la monarquía borbónica, dejando al pueblo esclavo y explotado.

Los esclavos mexicanos se rebelaron contra el imperio de Maximiliano para encumbrar al dictador Porfirio Díaz y al tirano Madero.

En resumidas cuentas; después de tantas revoluciones y derramamiento de sangre, el pueblo trabajador, que es la única víctima de todos los despotismos y de todas las explotaciones, se halla actualmente sometido a la más bárbara esclavitud, sin que le haya valido nada los innumerables sacrificios y los actos de abnegado heroísmo de sus mártires, encontrándose en las mismas condiciones, o peores aun que los esclavos antiguos, sin libertad, sin independencia y sin su propia soberanía individual.

Cuando estalló la revolución comunalista de París, se dió un paso adelante hacia la emancipación humana; pero si bien no luchaban los comunistas por una religión, patria o partido, luchaban por la independencia de la comunidad local, por la autonomía de la ciudad, descurdiándose de emancipar completamente al hombre, sin libertarlo de la esclavitud económica, política y social.

Más tarde, la fundación de la «Internacional de los Trabajadores» abrió nuevos horizontes a los trabajadores, dirigió la lucha del pueblo hacia la expropiación capitalista, dando a los obreros el producto de su trabajo y declarando la tierra libre y los hombres iguales.

Esta idea de liberación social, fué ampliada y definida por los comunistas libertarios, afirmando la soberanía individual sobre todos los principios, partidos, doctrinas, negando toda ingerencia política, religiosa y capitalista en las relaciones de los hombres, puesto que la armonía y libertad de las colectividades depende del libre desenvolvimiento y propia voluntad de los miembros que la componen.

Actualmente la idea de la Revolución Social es la única que han aceptado los verdaderos hombres libres, los obreros conscientes, los que desean una completa transformación de los pueblos y de los hombres aboliendo todos los privilegios, todo derecho usurpado y toda obligación impuesta.

Los partidarios de la Revolución Social preparan su lucha con una propaganda nutrida de sanos y lógicos argumentos, sacados de la experiencia del pasado y de los estudios del presente, entendiendo que toda revolución que no vaya directamente a la destrucción de todo lo existente, será un esfuerzo en vano y una labor estéril, puesto que ni el cambio de una monarquía ni el establecimiento de una república puede dar a los hombres la libertad deseada, la emancipación querida, la soberanía anhelada.

La Revolución Social destruirá, no tan sólo a los tiranos y explotadores, sino que abolirá los gobiernos, la religión, el capital, las leyes, los parásitos y todas las instituciones injustas y antagónicas a la felicidad de los pueblos. Facilitará el libre desarrollo de los in-

dividuos; dará vida a todas las iniciativas individuales; dejará funcionar a todos los seres autónomamente, estimulando a los hombres a las buenas acciones, a la solidaridad, a la ayuda mutua, haciendo de la humanidad un conjunto de seres armónicos y libres, que voluntariamente trabajarán en común para arrancar de la tierra los productos necesarios para la vida.

Hacia la Revolución Social vamos ya un ejército de proletarios, bien dispuestos, convencidos y preparados para las contingencias de la lucha.

¡Trabajadores del mundo! ¡Esclavos de la tierra! ¡Descontentos de la sociedad burguesa y explotadora! ¡En marcha! A la lucha con nosotros y a realizar la revolución más grande, más sublime, más verdadera y más digna de los presentes tiempos: la emancipación del hombre.

J. U.

¡Proletarios!

Tres grandes ideas, creaciones sublimes del pensamiento humano, constituyen los sólidos cimientos sobre los cuales se eleva la concepción anarquista: Libertad, Igualdad y Fraternidad.

Sofisticadas todas tres al presente por motivos en los que la mala fe entra en dosis variables, según el grado de pasión que los anima, se impone su definición real y concisa.

Libertad, desenvolvimiento PLENO del individuo, según las necesidades que experimenta como ser organizado, pero de organización la más elevada, y en virtud de los medios que para su satisfacción le proporciona la Naturaleza.

Igualdad, realización de la Libertad en idénticas condiciones sociales para todos y cada uno de los humanos.

Fraternidad, imperio de la solidaridad, factor esencial, si ha de ser un hecho la Libertad dentro de la más estricta Igualdad.

Estas ideas guardan tan íntima conexión, que no puede considerarse aisladamente cualquiera de ellas sin que la razón establezca por deducción las otras dos, y en la totalidad de esta triple y recíproca alianza tiene sus génesis la justicia.

Luego la ecuación entre Anarquía y Justicia es el faro salvador, que, iluminando las tinieblas tempestuosas de la ignorancia, brinda refugio a los naufragos de la iniquidad social.

En esta creencia, el elemento trabajador se ha convertido en convencido y vehemente paladín de la justicia: a su vindicación tienden los esfuerzos del proletariado militante que, con intermitencias periódicas, formula sus demandas en tono imperativo, creciente de día en día; a favorecer su implantación sobre la tierra concurren los diversos hechos que patentizan la negación por parte del individuo del derecho absorbente que el Estado se abroga arbitrariamente sobre su persona; a despertarla en las conciencias indecisas con el ejemplo tienen como finalidad los actos amorales que hombres conscientes ejecutan arrastrando por el lodo principios que hasta ahora se reputaban intangibles; y en fin, considerando la autoridad económica, política y moral, como su negación más capital, como el obstáculo más insuperable con que se avanza tropieza, contra esa autoridad disparan sus certeros dardos el proletariado universal y frente a ella se sitúan en actitud hostil los espíritus libres, las conciencias emancipadas.

¿Y qué son estos procedimientos sino manifestaciones de la rebeldía? Y siendo así, ¿qué es la rebeldía si no la palpitation más intensa del corazón humano?

Y todavía hay plumas castradas que se envilecen bastardeando este sentimiento revelador de la más energética virilidad!

No, compañeros; quien así procede no se le puede clasificar más que entre los vencidos o entre los malvados, siendo merecedor, cuando más, en uno u otro caso, de lástima o de desprecio; pero por el bien de los desheredados, por el de la humanidad en general, no deben estimarse en más de lo debido sus falsas insinuaciones, esas insinuaciones nacidas al calor de una visión de la realidad a través del prisma de la cobardía o de la ambición desmedida.

Habiéndolo entendido así el sindicalismo revolucionario, y habiendo recibido como herencia los desengaños que en todo tiempo han sufrido los que incautamente han puesto sus esperanzas en jefes *redentores*, preconiza la acción directa, sin intermediario de ningún género, en relación inmediata explotados y explotadores, garantizando la bondad de tal procedimiento los resultados, que a la fecha no pueden ser más satisfactorios.

Así, pues, proletarios todos, corazones varoniles que os estremecéis con vibraciones rebeldes, no olvidéis que las excelsas aspiraciones de Libertad, Igualdad y Fraternidad tan sólo en la Anarquía pueden tener su total realización, y que esa realización constituye el reinado de la Justicia, así como también que, siendo la autoridad su único y más poderoso enemigo y siendo el sindicalismo revolucionario quien más abiertamente la combate, en sus filas tenéis vacantes vuestros puestos.

Acudid presurosos a llenarlos, contribuid con vuestra individualidad a robustecer el sindicalismo, a fin de que desempeñe lo más airoso posible su papel, el de sepulturero del capitalismo.

LUIS ERQUIA

VIDA ANARQUISTA

Se ha puesto a la venta, este libro escrito por

ANSELMO LORENZO

que forma un tomo de 208 páginas, segundo de la

BIBLIOTECA «TIERRA Y LIBERTAD»

al precio de UNA PESETA ejemplar.

Pidiendo más de 5 ejemplares se hace el 25 % de descuento.

(1) Con esta misma fecha enviamos al periódico *El Trabajo*, de Madrid, el presente artículo.—Nota del articulista.